

La moral de la inteligencia

En un artículo anterior buscando a qué prototipos referir para reconocerlos a esos cuatro o cinco jugadores que les ha tocado estar en nuestros días jugando a la pelota con el mundo, y de los que sólo conocemos los nombres (Kennedy, Kruschew, Mac Millan, etc.), escogí dos modelos opuestos de tratadistas políticos: Maquiavelo y Montesquieu. *El Príncipe* de Maquiavelo es un tratado breve y lúcido. El tratado *El espíritu de las leyes* de Montesquieu es una obra abundante editada en dos o tres volúmenes, veinte años de labor complicada y farragosa. El maquiavelismo era la cifra de la inmoralidad política. *El espíritu de las leyes*, de la probidad. Si después de la primera Guerra Mundial de nuestro siglo se vio como maquiavelos a los estadistas y se borró en el maquiavelismo el sentido peyorativo, luego de la última, cuando los procesos y las condenas de los criminales de guerra, se habló del espíritu de las leyes.

En un folleto de su juventud, *Reflexiones sobre la política*, Montesquieu expone ya su moral pública. ¿Cómo hacer para que los estadistas no se pongan por encima de la simple moral? Hacerles ver sus crímenes, sus injusticias, todo el mal que producen y que ellos justifican por el bien público no sirve de nada. Lo que hay que hacerles ver es que sus agitaciones son vanas y en definitiva no cambian la acción todopoderosa de las causas eternas. Violando las leyes de la moral común se dan un trabajo inútil. (Un siglo y cuarto después de *El espíritu de las leyes* se publicó en Ginebra, sin nombre de autor, la obra no era ortodoxa, en 1748; la novela de Tolstoi *Guerra y Paz* se publicó en 1876. Tolstoi basa su novela de la invasión napoleónica en Rusia sobre la misma idea de la inanidad del poder público en la acción de la historia.)

En *El Espíritu de las leyes* se mezclan aciertos y desaciertos, sabidurías e ignorancia, ciencia y superstición. Montesquieu reduce

a tres las formas de gobierno, señala el principio que mantiene a cada una de ellas: república, la virtud; monarquía, el honor; despotismo, el temor; y considera que las repúblicas —él había estudiado la de Grecia y la de Italia— no pueden ser grandes: qué asombro le producirán hoy las repúblicas de más de doscientos millones de personas. La idea fundamental de Montesquieu parece ser una creencia: la de que el destino de los pueblos depende de la construcción de una maquinaria legislativa. Pasa así a un artificio el poder público que niega a los hombres (de Estado). En el fondo esa idea o creencia es científica y le ha dado la gloria de ser el preconizador de la división de tal poder en legislativo, ejecutivo y judicial. Montesquieu es el precursor más fecundo de las ideas constitucionales (Mirabeau) de la Revolución francesa que al cabo de un siglo se realizaron, sino como una monarquía como pensaban Montesquieu y Mirabeau, con la Tercera República.

La moral política de Montesquieu, la conducta moral en la política, no hay que buscarla en su libro más famoso. Ya he dicho cómo aparece en su opúsculo de juventud *Reflexiones sobre la política*, pero también se halla enteramente expresada en otra obrita suya que había permanecido inédita hasta hace unos años. Es un cuento filosófico anterior a los de Voltaire. Su protagonista pasa sucesivamente por la experiencia de varias vidas, es animal antes de ser persona (lejano antecedente de Kafka), cambia de condición, de época, de sexo (lance que hoy podría ser de un cuento realista). El conocimiento de los humanos le abre los ojos sobre un panorama desolador, el carnaval más inmoralista del mundo. Sólo queda sin disfraz la inteligencia, la cual le descubre que, en la fragilidad de los bienes capaces de ser obtenidos, son reales únicamente los que no se fundan en la miseria o la humillación de los otros hombres. Es inteligente portarse bien, es tonto portarse mal. El cuento se titula “Historia verdadera”. En la moral de la inteligencia se puede ir más allá que Montesquieu. La humanidad ha considerado, en definitiva respectivamente moral o inmoral todo aquello que la ha beneficiado o la ha dañado: Y la humanidad es más buena que mala puesto que subsiste cada día mejor. A esta moral y no a otra se debe que los estadistas de hoy sientan horror por las guerras.

(*Expreso*, 3 de febrero de 1963)